



martes 20 de enero de 2004

Opinión - La tercera

Una historia de amor en la calle Almagro

Por GREGORIO SALVADOR. Vicedirector de la Real Academia Española

HACE varios años, ni sé cuántos ya, escribí un artículo titulado Pintadas personales, en el que me refería, de un modo general, a las pintadas callejeras que ultrajan el ambiente urbano, que denigran a la ciudad, una agresión anónima de la que somos víctimas los ciudadanos que transitamos por ella y ante la que nos sentimos impotentes, que nos anticipa y nos presagia otros siempre posibles ataques más violentos y directos: el asalto, la violación, el secuestro, esa baraja de horrores. Han tenido lugar algunos hechos significativos en el tiempo transcurrido desde entonces, como el de aquellos grafiteros valencianos -ya hasta tienen nombre culto los tiznaparedes- que fueron encarcelados en los Países Bajos por lucir sus gracias en un tren, lo que es posible que disuada a algunos de vocación exportadora y reserven sus habilidades para el territorio nacional donde parecen tener bula.

Salvaba yo, en aquella ocasión, las que llamaba pintadas personales, impresionado por una que había visto en una de las esquinas de la calle Estébanez Calderón con la Castellana, bien trazada, pulcra y muy en alto: «Te quiero mucho más de lo que tú te crees», pues, añadía, incluso en los muladares se puede encontrar alguna perla.

Vuelvo al tema, porque ha sido con un collar completo con lo que he topado esta vez. Viernes 19 de diciembre, en la calle Almagro, tomándola por la acera de la derecha desde Alonso Martínez, en las cercanías, a un lado y otro, de Fernando el Santo. Bien trazados también en la pared, cuidadosamente escritos, con almagre parece o, al menos, de su color, a la altura de una persona, estos cinco mensajes que componen toda una enigmática historia de amor: «Tu magia cura mis heridas». «No creas que somos muy diferentes». «Tu calor siempre me desnuda». «¿Por qué me obligo a esto?» «¿Qué lees tras la pintura?»

He de advertir que yo venía, cuando los vi, en dirección contraria y los leí a la inversa, empezando por la última interrogación, lo que también es posible y le puede dar otro sentido a la historia. Es además la natural lectura de izquierda a derecha, pero luego he comprendido que el anónimo autor los debió de escribir de derecha a izquierda porque la persona destinataria de los mensajes y las preguntas iba a venir y a leerlos en esa dirección. En cualquier caso hay lirismo en esos textos y la lírica ha admitido muchas veces recomposiciones del orden o lecturas capicúas. Siempre me viene a la memoria aquella décima de Luis Rosales, «Primavera morena» de su primer libro, «Abril» de 1935: «Tan dulcemente morena/ tendida en risa liviana,/ abril de carne temprana,/ esbelta gracia serena,/ sólo penumbra y arena/ tu lenta piel sin ayuda,/ siesta deleitosa y muda,/ estática madrugada,/ piadosa yerba segada,/ ya para siempre desnuda». Como puede fácilmente comprobarse, esa espinela del poeta granadino admite por igual, sin trastornar, literalmente, el sentido, la

lectura de arriba abajo que la de abajo arriba. Nuestras cinco pintadas acaso también, aunque el meollo de la historia me parece que resultaría distinto.

La cuestión es que he copiado esos textos y el hábito filológico me lleva a tratarlos con los mismos métodos y con semejante atención con que me he adentrado en tantos otros, literarios o documentales, que han constituido, durante muchos años, horizonte cotidiano en mi vida profesional. Y lo que todo texto o conjunto de ellos ofrece en principio al filólogo es un problema de interpretación enlazado a una serie bien trabada de dificultades. No estamos aquí ante un palimpsesto ni ante un manuscrito deteriorado o una inscripción incompleta ni es preciso pararse en disquisiciones cronológicas. Es una secuencia de grafitos, de aquí y de ahora, que siguen incólumes tres semanas después, que no ofrecen ninguna dificultad en su lectura y que han estado, durante todas las fiestas pasadas, bien a la vista de todo madrileño o forastero que haya transitado por tan céntrico lugar. Ya digo que las letras están bien dibujadas, pulcramente escrito todo con mayúsculas, sin faltas de ortografía, y con tan solo dos abreviaturas: q por que o qué y pq por por qué, tan utilizadas ambas ahora en los mensajes entre teléfonos móviles. El único enigma que ofrece es el de su autor, como ocurre con cualquier texto anónimo, acrecentado en este caso por el correlativo anonimato de la persona destinataria, y por supuesto la interpretación de la secuencia: el carácter, la dimensión, las posibles circunstancias de ese amor que he adelantado en el título.

Se me hace evidente que hay dos personas en el juego -o en el drama, quién sabe-: hombre y mujer, jóvenes desde luego; y no por ese par de abreviaturas, que todo el mundo ha empleado alguna vez en sus apuntes y anotaciones, sino porque escribir toda la serie ha obligado a salir en la fría madrugada invernal, con los útiles precisos, y exponerse a las azarosas incomodidades de un lugar notablemente iluminado por donde siempre puede aparecer alguien que se entrometa.

Pero ¿quién escribe para quién: el hombre o la mujer? Sin pensarlo, uno diría que el hombre, pero si nos paramos un poco, la duda surge. Las mujeres han asumido y siguen asumiendo, en tantas y tantas actividades, pero también muy especialmente en la amorosa, papeles y actitudes que parecían estar reservados al varón, que esa imaginada furtiva escena nocturna, con almagre y pincel, dibujando cuidadosamente esos particulares letreros no rehúsa la fantasía atribuírsela a una joven resuelta, decidida y con caligrafía excelente. Porque esa es otra: la nitidez, la precisión, la pulcritud y el esmero con que están ejecutados, lo que también puede apuntar en la misma dirección. Lo único que no cuadra en la atribución femenina es lo de exponer a la curiosidad pública sus privados sentimientos. Uno piensa en los teléfonos móviles, que pueden servir ahora tan apropiadamente para esa clase de declaraciones personales y presupone como más genuinamente masculino el que se prefiera proclamarlos a los cuatro vientos desde unas paredes que, por su propia naturaleza, las convierten en lapidarias. Pero quizá no sea bastante ese argumento, en los tiempos que vivimos, para desechar la hipótesis de la enamorada resuelta.

En la relectura que hago in situ, al regresar a Madrid tras las fiestas, sólo hallo algo nuevo. Debajo de «Tu calor siempre me desnuda», alguien ha escrito, con rotulador negro y en cuerpo mucho más pequeño, no legible desde lejos, «Me has emocionado». ¿Quién? ¿La persona destinataria o alguien, un tercero, que

se ha sentido igual de atraído que me siento yo por esa incitante historia de amor que se trasluce de las cinco frases reseñadas? Me inclinaría a pensar que ha sido la persona a quien van dirigidas, que se ha visto impresionada por el alarde, que acaso haya sido tocada en su corazón por la sinceridad de lo escrito («¿Por qué me obligo a esto?») y haya sabido leer, efectivamente, en su cabal dimensión, todo lo que hay detrás de esas pinturas y pueda contestar con conocimiento y franqueza a esa última pregunta que le han hecho.

Mucho cree uno adivinar en esas tres afirmaciones, en esas dos preguntas, pero todo se diluye en conjeturas. Lo cierto es que, sea lo que sea y sea como sea, en ese ambiente urbano de paredes pintarrajeadas, de muros afrentados por insultos soeces, por consignas caducas, por garabatos ilegibles, por ocurrencias vulgares, todo mostrenco y banal, estas cinco pintadas personales de la calle Almagro hacen descansar los ojos y, sobre todo, el ánimo por la veracidad que nos muestran y la evidencia de vida que resalta en su contenido. Entre tantas calamidades, perturbaciones, desastres, odios, crueldades y enfrentamientos como nos ha ido ofreciendo el mundo en las últimas semanas, en los finales de un año y comienzos del otro, esa historia de amor en la calle Almagro, que tantas lecturas admite, que a tantas imaginaciones puede dar lugar, ha sido, para el transeúnte madrileño, se mire como se mire, un regalo inesperado.